

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V3

Capítulo 115: Buscar.

Temprano a la mañana siguiente, León y Rosvisser terminaron de empacar y, antes de partir, fueron a ver a sus hijas una última vez.

León abrió silenciosamente la puerta del dormitorio y allí estaban, todavía profundamente dormidos.



Noa yacía boca arriba, Moon se aferraba a su hermana mayor y Aurora le mordisqueaba la cola. Sus posturas para dormir eran únicas, pero juntas formaban una escena bastante armoniosa.

León se acercó de puntillas y retiró con cuidado la pequeña cola de Luna de la boca de Aurora, dejándola a un lado.

Aurora murmuró mientras dormía y, al encontrar sus manos vacías, instintivamente extendió la mano y envolvió con sus pequeños brazos la muñeca de León.

León hizo una pausa y una cálida sonrisa se extendió por su rostro.

La soltó con cuidado, metiendo sus brazos bajo la manta, y luego le dio unas palmaditas suaves en su rostro regordete y tranquilo. Esta pequeña charlatana dormía con tanta calma.

Al girarse, vio a Rosvisser ajustando la postura para dormir de Moon, tratando de mover sus extremidades para no aplastar a su hermana mayor.

Sin embargo, incluso mientras dormía, el complejo de hermana de Moon persistía. Como un gato decidido a no perder la pata, se aferraba a Noa sin importar cuántas veces Rosvisser la moviera.

Al final, Rosvisser rió suavemente y le dio un suave tirón a la nariz de su hija.

—Pequeña cosita, ¿cuándo dejarás de pegarte así a tu hermana?



—Mm... hermana mayor... huele bien... —murmuró Moon mientras dormía, acurrucándose más cerca del cuello de Noa.

León y Rosvisser se retiraron a la puerta, compartiendo una última mirada a sus hijas dormidas.

—Vámonos. Cuanto antes terminemos esto, antes podremos volver con ellos —murmuró León.

La mirada de Rosvisser se detuvo en sus hijas un instante más antes de asentir. «De acuerdo».

Con una última mirada, cerraron la puerta silenciosamente.

Minutos después, un dragón plateado salió del patio del Templo del Dragón Plateado, sus alas cortando el cielo mientras volaba hacia la distancia.

Pero desde el balcón de la habitación de las hermanas, una pequeña figura observaba, con los ojos fijos en la silueta plateada hasta que desapareció en el horizonte.

...

Al anochecer, llegaron al denso bosque cerca de la frontera del Imperio.



Rosvisser disipó la magia de invisibilidad y los dos se escondieron entre las ramas de un árbol alto.

León conocía a la perfección el terreno de aquí. Cuando entrenaba en la Academia de Cazadores de Dragones, solían usar estos bosques para ejercicios de combate.

Y conocía las rutas de patrulla del Imperio como la palma de su mano; algunos puestos los había establecido él mismo. Podía guiar a Rosvisser entre las patrullas con facilidad.

Agachado en una rama, León miró hacia la entrada de la pared.

“Con todas estas batallas últimamente, han reducido el número de patrullas por aquí”, señaló.

“Nos resulta cómodo entrar”, comentó Rosvisser.

“Entonces, ¿cuál es tu plan?” preguntó.

“Bueno, esperaremos a que pase una caravana de mercaderes y nos colaremos agarrándonos al fondo de sus carros”.

Este viejo truco funcionaba una y otra vez. Sin importar la época, la seguridad del Imperio nunca se molestaba en revisar debajo de los vagones.

Rosvisser arqueó una ceja ante el plan tan poco convencional, aunque no la sorprendió. «Poco ortodoxo, pero viniendo de ti, es perfectamente razonable».



Se instalaron a esperar una caravana.

Desafortunadamente, la suerte no les acompañó esa noche. A medida que avanzaba la tarde, ninguna caravana había pasado.

León se rascó la cabeza. “¿Qué pasa? ¿Acaso todos decidieron no comerciar más con el Imperio?”

“Hay muchos factores que afectan al comercio: las estaciones, los cambios de población, la frecuencia de las guerras...”, explicó Rosvisser. “Como dijiste, el Imperio ha estado activo en este campo últimamente, por lo que tiene menos recursos para gestionar el comercio exterior.”

León la miró sorprendido. “¿Cómo es que nunca me enseñaste eso del dinero?”

Rosvisser sonrió con sorna. «Me da miedo que guardes un fondo privado».

“...”

Era cierto. Los ahorros privados eran un obstáculo que todo hombre casado debía superar.

Hablando en serio, no era que Rosvisser no quisiera enseñarle más a León; simplemente había demasiado que enseñar. No podía descargarle de golpe todo lo que había aprendido durante cincuenta años gobernando.



Tenía que hacerlo poco a poco o podría freírse el “cerebro de cerdo”.

—Entonces, no hay caravana. ¿Y ahora qué? —preguntó.

“Esperamos una oportunidad”, respondió León, tratando de sonar seguro.

Rosvisser lo entendió. "En otras palabras, no tienes una idea mejor, ¿verdad?"

“...Mira, el Imperio no es solo un lugar al que puedes entrar sin más.”

Tenía razón. A pesar de lo poderoso que era el Imperio, su seguridad no era tan laxa como para pasar por alto a un par de intrusos.

Los intentos de infiltración anteriores de Leon habían tenido éxito en parte debido a la suerte, y cuando él, su maestro y Rebecca escaparon del Imperio por primera vez, tuvieron que luchar para salir.

Ahora, sin suerte de su lado, no tenían más opción que quedarse quietos.

León suspiró internamente, esperando una manera rápida de entrar. Se giró hacia Rosvisser, con la intención de iniciar una conversación, pero notó que ella no estaba a su lado.



Él miró hacia atrás y la encontró parada en el tronco del árbol, escaneando sus alrededores, como si buscara algo.

-¿Qué estás buscando? -preguntó.

“Oh, solo me preguntaba si ese árbol al que trepamos hace años todavía está aquí”.

La curiosidad de León creció. Se unió a ella y observó los árboles.

Pero lo único que podía ver eran árboles imponentes y similares, ninguno de ellos particularmente distintivo.

“¿Qué árbol?”

“Sabes, el que elegí cuando te humillé frente al Imperio al que una vez serviste”.

León: ...

El recuerdo apareció en su mente, vívido e inmediato, como si las ramas crujieran con el peso de aquella escena.

**—Su Majestad, ¿quién diría que era usted del tipo nostálgico?
—murmuró entre dientes.**



Rosvisser simplemente resopló, ignorándolo, y continuó su búsqueda del "árbol donde todo comenzó".

Al poco rato, dejó escapar un grito de alegría. "¡Oh, lo encontré!"

Señaló con entusiasmo: "¿Ves?"

León miró hacia donde ella señalaba, conteniendo apenas un gemido. No recordaba detalles específicos de hacía cinco años, sobre todo cuando había estado a punto de vengarse.

—No veo en qué se diferencia de los demás. Solo estás adivinando —se quejó.

—No lo soy. Te lo mostraré.

Con eso, Rosvisser extendió sus alas y elevó a León hasta el árbol. Aterrizaron en la rama más alta, donde ella dio un pisotón, haciéndola crujir.

“¿Reconoces ese sonido, León?” preguntó con una sonrisa.

“Nos espera una gran batalla, así que mejor saltemos el tema de los recuerdos desagradables, ¿vale?”

León hizo una pausa y luego preguntó: “Y nunca explicaste cómo reconociste este árbol”.

"Es sencillo."



Ella dio un paso adelante y señaló hacia el Imperio.

Este lugar tiene la mejor vista del Imperio. Lo elegí a propósito para asegurarme de que tuvieras una vista clara en ese entonces.

—Realmente se salió de su camino, Su Majestad —murmuró León, incapaz de resistir un golpe.

Justo cuando estaban a punto de reanudar sus bromas, León se puso rígido de repente, indicándole a Rosvisser que se callara. Agachándose, echó una mirada cautelosa hacia abajo.

"¿Qué pasa?" susurró Rosvisser.

"Estamos dentro de una ruta de patrulla de Dragon Slayer".

León asintió. "¿Recuerdas que después de ese... momento nos topamos con un equipo de patrulla? Su líder incluso me dio una bengala para emergencias".

Rosvisser lo recordó. Este árbol estaba efectivamente dentro del alcance de la patrulla.

—Volvamos a nuestro sitio anterior. Es más seguro allí — sugirió León.

"Está bien."



Se movieron para irse, pero unos pasos más abajo los hicieron congelarse, agachándose aún más, con cuidado de no tocar ni una sola hoja.

“Estoy tan cansado... ¿cuándo terminará esta patrulla?”

Ya casi termino. Dos kilómetros más de y podemos dar por finalizado el día.

¿Dos kilómetros más? Trabajar para el Imperio es duro. Hacer el doble de trabajo por la mitad de la paga.

León y Rosvisser intercambiaron miradas. Era, en efecto, una unidad de patrulla. Debían ser cautelosos.

¿Cuándo nos dejará el Imperio en paz? ¿Hiciste este tipo de trabajo sucio cuando estabas en los Cazadragones, Walker?

Empecé en el frente. Pero entonces, un mocoso de la realeza quiso una medalla reluciente, así que me pasaron a patrullar.

El tono de Walker transmitía resignación y frustración, aunque no se detuvo en ello.

—¿Que te dejen de lado por vanidad real? ¡Me lo imagino! Esos de la realeza son unos descarados —murmuró una soldado—. No te preocupes, Walker. Cuando derroquemos a ese perro de emperador, cosas como esta serán historia.



“Terminemos con esto de una vez”, dijo Walker, sin querer seguir hablando del tema.

Pero ya hemos caminado tanto. Quizás deberíamos pedirle a alguien más que se encargue del reconocimiento.

—Tenemos un número limitado, y todos tenemos un trabajo que hacer. Simplemente sigan adelante y reúnan toda la información sucia que puedan sobre el Imperio. Nos ayudará cuando derrotemos a ese maldito emperador —respondió Walker.

Es fácil decirlo. ¿Pero cuántos trapos sucios podemos conseguir en una patrulla? ¿Acaso viviré para ver la caída del emperador?

Rebecca dijo que llegará pronto. Y...

“El hombre mismo regresará cualquier día de estos”.

**Lo que Walker no sabía es que ese mismo hombre estaba justo
encima de él.**

Traducido por:

๕๙๗๐ – RexScan

